

JORGE GAITAN DURAN

Escribe ESTANISLAO GOSTAUTAS

La muerte es el único mito que el hombre no ha podido vencer a pesar de todos sus esfuerzos por vencer todos los mitos. No. La muerte es un mito sagrado, un mito sublime que obsesionó a Camus, a Gide, a Prouts, a Kafka, a Malreaux, y obsesionó a Jorge.

Todos, poco a poco, van rindiendo su tributo al trágico mito que tanto los había obsesionado. Jorge también se fue a unirse a ese París eterno, donde tantos de sus contemporáneos habían ido a buscar la calma. Fue un viaje sin plazos, intuído en cada una de las páginas de su último libro *Si Mañana Despierto*:

*Los ojos cierro y ya no estás. Has muerto.
He muerto y aquí estoy, como las cosas,
Ciego en el esplendor del mundo cierto. (Pág. 43).*

*Ante el tribunal se dijo que la muerte no es un
[instante, sino un proceso.
Provino el testimonio de un hombre que pesaba
[las palabras:
el médico de los guillotinos. (Pág. 28).*

*Todo le han dado al cabo, salvo la muerte.
Es un enemigo más temible que Dios,
El sueño que puedo ser si mañana despierto
Y sé que vivo. (Pág. 33).*

No es este verso, que sirvió de título a su libro, una verdadera intuición de poeta? Ya lo habíamos anotado en un comentario que hicimos al libro en "El Espectador" Dominical del 25 de febrero de 1962:

"La obsesión de la muerte es constante. Vuelven "las fresas salvajes" con su eterno tema: un viejo siente que la muerte se aproxima, intenta asirse a las afecciones y a las penas de su pasado, y se da cuenta de que está solo, de que siempre ha estado solo".

Y en el diario dice: "Hemos tenido todas imperfectas experiencias de la muerte. Consolémonos con la idea de que si cualquiera de ellas se

hubiese perfeccionado, no sería hoy una experiencia... No. Nunca será romántica la muerte, por más que nos esforcemos". (Pág. 92). Y Jorge se fue a buscar la experiencia dantesca. Por eso siempre me pareció que Jorge se apresuraba a vivir, se apresuraba a amar, disfrutar, gozar y sufrir, por temor de no alcanzar a la cita.

Cuando le llegó la hora, sereno como un dios olímpico, se dejó llevar por el torbellino y expiró sin pronunciar un ay! Hasta su muerte fue digna de un sibarita. Hasta en la muerte esquivó la mediocridad. Cuando sus amigos, consternados, comprendimos lo irremediable, solo pudimos guardar silencio. Y ante el silencio nuestras voces se unieron!

Solo restaba hacer un balance de su obra. Grande y con alientos de eternidad, pero trunca ante las emociones todavía no sentidas, no expresadas, más intensas, más nuevas. Jorge no se apresuraba. No estaba dispuesto a perder su serenidad por un centenar de cuartillas más. Lo único importante era vivir su obra, todo lo demás saldría de allí.

Jorge fue un escritor avaro. Era demasiado lo que tenía que decir para perder su tiempo en muchas cuartillas. Por eso su obra, como toda obra avara, se hace desear y se disfruta lenta y contenidamente.

Así se leen sus maravillosas páginas de *El Libertino*, *Sade*, *La Revolución Invisible*, *Si Mañana Despierto*... Todas ellas se podrían leer en una noche si no fuera lástima tanto en tan poco tiempo.

Pero de todas sus obras, es la última la que alcanza su máximo esplendor, la madurez de un pensamiento, el completo dominio de la palabra. Por eso, por más de una razón, *Si Mañana Despierto*, puede ser considerada como su testamento. Ya lo habíamos anotado en la misma ocasión: "*Si Mañana Despierto* es la culminación, para no decir revelación, de un poeta encontrado. Ahora no dudamos de su talento y nos asombramos ante el espléndido humanismo que lo anima. La trascendencia de su obra significa para Colombia, lo que a Francia significó Albert Camus o André Malreaux. Es cierto que en su obra se respira mucho europeísmo, pero también es cierto que su pensamiento compendia las aspiraciones de la juventud intelectual que no admite fronteras". ("El Espectador", 25 de febrero de 1962).

Su otra gran obra, que pasó desapercibida por su contenido social y político: *La Revolución Invisible* es una de las obras más importantes en el planteamiento realista de los problemas colombianos. Pocas veces se ha enjuiciado tan sensatamente la política colombiana, los partidos colombianos, los problemas sociales de Colombia, como en este libro de grandes alcances. Pocas veces un autor se ha acercado con tan profundo respeto y con tanta clarividencia como Jorge Gaitán Durán. Pero esa verdad le valió todo un cúmulo de reproches estúpidos y su obra fue declarada "indeseable".

El mismo Jorge aclara su posición una y cien veces sin lograr ser escuchado. Los políticos, cobijándose con la *democracia*, *la religión* y *el oportunismo* lo rechazaron y se cerraron, cuando el mismo Jorge ya lo había dicho: "Yo no soy anticatólico, como no soy anticomunista. Las convic-

ciones profundas me merecen respeto y algo así como una admiración furtiva. (N. B. Pocos de sus enemigos podrían decir lo mismo). No odio ni desprecio a nadie. Al contrario —como dice Sartre— tengo la pasión de comprender los hombres. Pero no puedo admitir que Colombia sea desfigurada por un clericalismo energúmeno, rechazado por católicos tan eminentes y tan representativos del moderno pensamiento cristiano como Mauriac o La Pira y, más cerca de nosotros, por Rafael Caldera". (Pág. 16).

Más tarde, ya para terminar, hace una invitación sensata a la Alianza de Conciencias. Invita a la discusión, al diálogo entre hombres que están unidos en su interés por la patria, invitación que jamás alcanzó respuesta. Solo en su revista "Mito" de vez en cuando apareció una que otra respuesta sensata y un deseo de lucha y entendimiento. "Pretendemos hablar y discutir con gentes de todas las opiniones y de todas las creencias. Esta será nuestra libertad", afirmaba Jorge en "Mito" pero nadie quería hablar, nadie quería discutir, era mucho más fácil denigrar y calumniar. Con el mote de *comunista* se lo despachaba y la invitación caía en el vacío.

Por eso hoy, al recordar, al que fue un gran amigo, de toda su obra solo elegí dos, las que más destacan su verdadera personalidad, oculta muchas veces en la maraña del politiquerismo. Era un hombre que podía desenmascarar, así que había que suprimirlo. Estorbaba, así que llovieron cuartillas de alabanzas baratas y lamentaciones cocodrilicas y se lo pretendía enterrar con su obra.

Jorge pudo tener, y los tuvo, graves errores políticos y sociales. Pero era un hombre honrado y decía lo que creía con convicción y valentía. Su obra poética pudo haber sido exageradamente sensual y no siempre trascendente, pero era una obra que emanaba de su personalidad. Eso era Jorge. Otra cosa hubiera sido traicionarse a sí mismo. Y si algo detestó con toda su alma, fue ser lo que no era. La honradez y la sinceridad también tienen sus riesgos pero el destino ama a los arriesgados. Y el destino se encargará de darle la razón.